

EL RENACIMIENTO

La bella Imperia

LA ÉPOCA del Renacimiento, comprendida entre la Edad Media y los siglos modernos, es caracterizada por grandes acontecimientos históricos: la caída de Constantinopla en manos de los turcos; inmigración de los griegos cultos, especialmente a Italia; descubrimiento de América; invención de la imprenta; Reforma de Lutero. Los manuscritos de los grandes escritores de la antigüedad son sacados de los monasterios y dados a la publicidad. La gran conquista del Renacimiento es la libertad de pensamiento; aniquilada en la Edad Media, esa "libertad" ve se precisada a luchar también en la actualidad contra los nuevos tiranos. El Renacimiento instaura el espíritu del ateísmo; el antiguo paganismo reflorece en el cuadro del cristianismo. La ciencia ya no se limita únicamente a los monjes; los laicos pueden consultar las obras que se salvaron de la hoguera de los bárbaros. La escolástica sofocante es reemplazada, paulatinamente, por el panteísmo griego, por el humanismo clásico. El Renacimiento es dionisiaco; cultiva la poesía, la pintura, la escultura, la música y la ciencia. En lugar del ascetismo espiritual o dogmático, proclama el placer inmediato, tangible, y reclama verdades experimentales, en lugar de las místicas.

En los lujosos castillos, en los palacios magníficos del Renacimiento, la obra de arte domina el culto religioso. Los papas ya no tienen el poder absoluto. Bajo León X, la corte papal era tan lujosa y "estética" como todas las cortes reales y principescas de Europa. En cuanto a la Reforma, si tiene un aspecto austero, no es más que el retorno a un paganismo en conformidad con el clima y el temperamento nórdico. Ella hizo del sacerdote un hombre como cualquier otro, laicizando el culto. El protestantismo, dividido en numerosas sectas, llegará a ser una especie de idealismo carente de ritual religioso. El meridional no

se puede acomodar al monoteísmo o al "panteísmo interior" de la Reforma. Aquél necesita el paganismo luminoso, las procesiones fastuosas, la magia artística. Requiere una religión elocuente, visible, milagrosa.

Por eso, las costumbres eran lo suficientemente libres en la época del Renacimiento, en las clases ricas. La "galantería" constituía la ocupación de los amos. Igual que antes, el yugo eclesiástico y principesco era soportado por el pueblo. Roma encontraba entonces en todo su esplendor de capital artística y espiritual del mundo. En los salones reinaban las cortesanas rodeadas de literatos, artistas y sabios, como en la época helénica. Por Galiana, los romanos asediaron Viterbo, donde esa cortesana fue llevada por sus admiradores. Imperia, mujer dotada de una educación superior, entendida en música y arte, representa el prototipo de cortesana durante el Renacimiento. Tenía la pasión de la galantería, no por vicio, sino por el amor a la vida sentimental. En su palacio se encontraban todas las celebridades del tiempo de Julio II y León X: monseñores purpurados, admirables artistas, diplomáticos sutiles. Ella los recibía con elevada cortesía y los amaba a todos, queriendo, empero, parecer una diva que vive en un mundo etéreo. Mientras los comensales se hospedaban ampliamente, ella saboreaba jarabes de pétalos de flores, frutas azucaradas o algunos licores perfumados. En la atmósfera saturada de fragancias, resonaban sus romances sentimentales; al lado del arpa de oro, ella cantaba los madrigales enviados por el apasionado Ariosto... Sabía recibir hermosos regalos de sus numerosos adoradores. Al fallecer, rica y vieja, en 1511, se le hicieron magníficos funerales. Sobre su sepulcro, en la iglesia San Gregorio el Grande, se grabó este epitafio: "Como niña, amé esperanzada; ya adulta, amé con frenesí; anciana, amé con recuerdos"... Se dice que ha tenido un millar de amantes conocidos. Sus hermanas con menos suerte, las ramerías a las que el papa Julio II las cercó en cierto barrio de Roma, no tuvieron ni siquiera el permiso para asistir al desfile del cortejo fúnebre de la gloriosa Imperia.

Lucrecia Borgia

La familia Borgia, originaria de España, tuvo la ambición de dominar a Italia, unificarla y darle un papel político principal en el "concierto europeo". Logró su objetivo por ser dueña de inmensas riquezas, y, carente de escrúpulos, hizo uso de todos los medios: el veneno, el puñal, la corrupción, el incesto, el adulterio, el casamiento... Un miembro de esta familia, el papa Alejandro VI, tuvo cuatro hijos naturales, entre ellos a Juan Borgia, probablemente asesinado por su hermano César. Siendo éste casado con la hija del rey de Navarra, conquistó a Romagna, ahuyentando a los tiranos y centralizando las pequeñas provincias bajo la autoridad de un gobierno estable. Francisco Borgia fue virrey de Cataluña; ingresó luego en la Orden de los Jesuitas, llegando a ser al frente de la misma como heredero de Ignacio de Loyola y P. Láinez.

Las ambiciones de esta familia fueron bien servidas por Lucrecia Borgia, mujer culta y de rara belleza. Fue sucesivamente la esposa de Juan Sforza, de Alfonso, duque de Besaglia, de Alfonso de Este, duque de Ferrara. De acuerdo con los cronistas del siglo XVI (y conforme a un drama de Víctor Hugo), Lucrecia Borgia ha sido un verdadero monstruo. Habría tenido relaciones incestuosas con su propio padre. En 1497, el papa Alejandro VI reconoció a un hijo de Lucrecia como hijo propio; después, en otra bula, lo declaró como hijo de César, hermano de Lucrecia. Esta, siendo soltera, esposa o viuda, era fecunda en cualquier situación. Se valía de su belleza y de su sensualidad en beneficio de los intereses políticos de la familia. Sabía seducir a los adversarios, a los cuales alejaba luego el puñal de sus esbirros fieles. El arma favorita de los Borgia era el veneno filtrado en una fruta, en una flor, en un pañuelo o transmitido aun por un beso. El arte del envenenamiento secreto había llegado entonces a su perfección.

Fuera de los dos hijos tenidos con su padre, se atribuye a Lucrecia relaciones incestuosas con sus hermanos César y Juan. Este último, favorito de Alejandro VI, fue asesinado por bandidos armados por César. Con su mano, César mató en 1500,

en el cuarto nupcial de su hermana, a Alfonso de Besaglia, su segundo esposo. Dominó la Italia central, administrándola bien. Hostilizado por el papa Julio II, cedió las fortalezas, a pesar de la devoción de sus soldados. Cayó en manos de Gonsálvez de Córdoba; se evadió después para engancharse como simple *condottiere* al lado de su suegro, el rey de Navarra. En 1507, simultáneamente con su muerte, termina la historia política de la familia Borgia. Lucrecia falleció a los 39 años de edad, en 1519. En su palacio se reunían los sabios, los artistas y los poetas, entre los cuales se encontraban Bembo y Ariosto. Los horrores perpetrados por ella no logran ser encubiertos por fastos y artes. Ante todo, Lucrecia es una cortesana sanguinaria, mientras que César Borgia un homicida feroz, a quien se le atribuyen concepciones políticas que exceden la inteligencia de los contemporáneos. Los métodos políticos expeditivos de la familia Borgia fueron torpemente imitados por el fascismo moderno. En la época del Renacimiento, los adversarios eran alejados con cortesía y elegancia; hasta el crimen era "artístico". El pueblo, empero, era tratado sin miramientos. Si Alejandro VI ha quemado al dominicano Savonarola, el reformador místico-democrático de Florencia, un Mussolini ha hecho desaparecer con los medios técnicos perfeccionados a Mateotti, dirigente socialista que quería denunciar los métodos del gobierno fascista.

La Corte de Valois

Para darnos cuenta de las costumbres reinantes en la casa real de Francia, sería necesario leer a Rabelais: *Les Cent Nouvelles*, el *Heptamerón* de la reina de Navarra o *Les Vies des Dames galantes* de Brantôme. Los cronistas dan detalles acerca de "las damas de la Corte", que supieron convertirse en favoritas del monarca. De esta manera, Agnes Sorel influyó (favorablemente) a Carlos VII. Entre las amantes de Luis XII había también mujeres del pueblo. Francisco I tenía un verdadero harén. Enrique II permaneció fiel a Diana de Poitiers, mujer superior y "eternamente joven".

Catalina de Médicis, siguiendo la tradición italiana, aprovechó de sus "doncellas de honor" para atraer a los adversarios. Poseía dos o trescientas "caballeras", que constituían el "escuadrón volante de la reina". Algunas de esas "caballeras" caían en la trampa, pese a los consejos anticoncepcionales de Catalina de Médicis, debiendo ocultar la gravidez en el convento. Así aconteció con la señorita de Limeul, que sedujo al príncipe de Condé, atraído igual que otros a la esfera de influencia política de la astuta reina.

Según Sauval y Brantôme, las mujeres del "buen mundo", esposas, viudas y aun señoritas, practicaban el amor sin ruborizarse; encontraban fácilmente un varón para servirles de biombo o de "esposo protector" salvando de esta manera las apariencias. En París muchas de las mujeres eran lesbianas, las que también gozaban de estima de parte de sus respectivos esposos, por "vivir con ellas sin celos". En lo que respecta a los padres, muchos de ellos sabían, igual que sus futuros yernos, "que las muchachas no llegaban vírgenes al lecho nupcial". La corte de Valois, según el ejemplo de la de Italia, era frecuentada por artistas y literatos célebres. Para evitar las enfermedades venéreas, Francisco I reemplazó a las cortesanas públicas con la "corte de las damas", que seguía en todas partes a la familia real y su séquito.

La Corte inglesa

Shakespeare, en sus dramas históricos, descubrió la crueldad de las costumbres, especialmente de la nobleza inglesa. En la Edad Media, la prostitución era tolerada, teniendo su "cuartel general" en ciertos locales destinados a los baños. Un *bill* de 1161 limita esos locales en un barrio de Londres y señala las obligaciones del empresario en todas las circunstancias. El reglamento de esos baños es concebido con la preocupación de evitar las enfermedades venéreas y para que las "pensionistas" no fueran explotadas; en cualquier momento ellas podían volver a una vida más pura. Este *bill* hace también alusión a las monjas. Fox, en su *Arts and Monuments*, hace llegar a cien

mil el número de las mujeres mantenidas por el clero inglés para su uso personal, antes de la Reforma.

El rey Enrique VIII, que también se ha proclamado jefe de la iglesia anglicana, era un personaje curioso y enigmático. Algunos veían en él la reencarnación de Gil de Rais, prototipo de "Barba Azul". Instruido como estaba, amaba las artes y los ejercicios físicos, no creía en la magia, como el compañero de Juana de Arco. Estaba obsesionado por "el ídolo de la grandeza real y de la razón de Estado" por las cuales solía sacrificar sus mujeres y sus dignatarios eclesiásticos o judiciales. Si enviaba a alguien al patíbulo, a la hoguera o a la horca, procuraba dar cumplimiento a todas las fórmulas reales.

Se afirmó que Enrique VIII era uranista, que tenía relaciones antinaturales con Tomás More, autor de *Utopía* y gran canciller de Inglaterra, y con un cardenal, Fisher. La verdad histórica es que More y Fisher fueron condenados a muerte por su catolicismo. Igual que Francisco I y Carlos V, el rey inglés fue un soberano de "mala fe", orgulloso, astuto, que sabía sacar beneficios políticos de todo y de todos. Después de 18 años de matrimonio, queriendo separarse de Catalina de Aragón para casarse con Ana de Bolena, una señorita de honor, el rey se dirigió al papa Clemente VII para obtener el divorcio. Ante la imposibilidad de obtenerlo, Enrique VIII se separó de la iglesia romana, provocando de este modo un cisma; se proclamó "jefe supremo de la iglesia anglicana", obligando a los dignatarios eclesiásticos romanos a reconocer la supremacía real. Se instituyó una inquisición anglicana, tan cruel como la católica. Más de 72,000 personas fueron quemadas en la hoguera o decapitadas con el hacha.

Al cansarse de Ana de Bolena, el rey la acusó de incesto, sabiendo sin embargo que no era virgen cuando se casó con ella. También ella fue decapitada, para dar lugar a Juana Seymour. Entre las seis esposas legítimas, ésta parece haber sido la que más amó Enrique VIII; pero falleció poco después, tras de un difícil parto. Tocó el turno a una flamenca: Ana de Cléves, de la cual se divorció rápidamente, para casarse, en 1540, con Catalina Howard. Esta lo induce a acercarse de nuevo a los

católicos, pero el clero anglicano estaba vigilante; acusada de desenfreno antes de casarse y, después, de adulterio, fue condenada a ser decapitada. El Parlamento aprobó entonces un *bill* que condenaba a la pena capital a cualquier mujer que no fuera virgen en el momento de casarse con el rey. La reina y las princesas eran condenadas a la misma pena por adulterio. Claro está que los varones podían pecar a sus anchas antes y después del casamiento... La última esposa de Enrique VIII fue Catalina Parr, mujer inteligente y favorable al luteranismo. También ella estuvo expuesta a perecer por traidora; y hubiera perecido, indudablemente, si el rey no hubiese fallecido antes, en 1546. Un hijo que tuvo con Juana Seymour ocupó el trono con el nombre de Eduardo VI; bajo su reinado, la separación entre la iglesia anglicana y la católica llegó a ser definitiva. Una hija que tuvo con otra esposa, Catalina de Aragón, fue reina con el nombre de María Tudor. Una hija de Ana de Bolena también fue reina: Isabel, que tenía el temperamento y el carácter de su padre; la época isabelina tiene un lugar prominente en la historia inglesa.

Casa de Austria

Para Maximiliano de Austria cualquier mujer era buena para sus deseos amorosos. Juana de Castilla, esposa del infiel rey Felipe el Hermoso, torturaba a las meretrices que podía apresar. Ella misma, valiéndose de tijeras, las desfiguraba... Carlos V, igual que su rival Francisco I, ha engendrado muchos bastardos. Muchas familias de carniceros y pescadores de Gante se vanagloriaban de su origen imperial. En el arsenal de Bruselas se conservó la armadura, la linterna y los dos puñales que el emperador solía llevar consigo en sus expediciones "galantes". La tía de Carlos V, "gobernadora" de los Países Bajos, no se encontraba en situación inferior en lo que se refiere a la codicia y el desenfreno sexual. Tuvo dos o tres hijos con su intendente Antonio de Lalaing. Brantôme la describe como una nueva Mesalina, que "amó a la hermosa Lasdomia Fortenguerre" y a otras mujeres, siendo "lasciva y lujuriosa como Safo",

la lesbiana. Una de sus favoritas era hermafrodita. No obstante, el pueblo amaba a Margarita de Austria, por haber sido una soberana familiar y generosa, que servía de madrina a las parejas casaderas, protegía a los niños desvalidos, bastardos o legítimos. L. Maeterlinck cuenta en *Pecados primitivos* algunos "grandes hechos" atribuidos a Margarita entre los cuales se incluye el de un monje "capaz de renovar los trabajos de Hércules". Este monje, verdadero atleta, cascaba nueces con otra cosa, no con el puño. Indicio de que el heroísmo del monje podía ser integral. Margarita se quedó convencida de que él repetía la hazaña atribuida a Hércules, quien arrebató, una tras otra, la virginidad de 12 doncellas reales. Seguramente que también este monje se encontraba entre los numerosos clérigos inscriptos en el registro de las periódicas generosidades de la soberana.

Brantôme, en la *Vida de los grandes capitanes extranjeros* insiste acerca de las "ocupaciones" de esos guerreros. En 1526, cuando saquearon a Roma, dejaron a las cortesanas a cargo de los lacayos y de la soldadesca. Para ellos, las marquesas, las condesas y baronesas debían ejercer el papel de cortesanas públicas; ni las muchachas ni las monjas se salvaban de esa "función". Cuando abandonaron a Roma, muchas de las nobles damas deploraron su partida; algunas de ellas los siguieron hasta Nápoles, lo que significa que ya se habían acostumbrado a la "opresión" de los extranjeros. Otro historiador, Al. Henne, en la *Historia del reino de Carlos V en Bélgica*, también se ocupó de esos gentilhombres. Pero al lado de los "juegos principescos" nos interesa la suerte del pueblo. Bajo la Casa de Austria, él recibió su parte, en ciertos actos generosos, pero soportó no pocas crueldades. Un simple delito de caza era castigado con el corte de las orejas o con el destierro, en las galeras. Los campesinos, arruinados por las guerras, epidemias y sequías, se convertían en vagabundos y bandoleros. Sufrían el efecto de los latigazos y de la expulsión; a veces, barrios enteros eran exterminados. Para facilitar las ejecuciones y ahorrar los salarios de los verdugos, los vagabundos y pordioseros estaban obligados a luchar entre sí. Ellos, sin embargo, preferían ser ultimados por los oficiales antes de matar a sus compañeros de sufrimiento.

Numerosos son los "criminales" castigados de un modo atroz. También los procesos de inversión y sodomía eran innumerables. Bastaba el "testimonio" de alguien para que los acusados fueran horriblemente torturados. Las hogueras estaban constantemente preparadas para los inculpados de hechicerías y sacrilegios. Las víctimas tenían que reconocer cualquier culpabilidad que se les imputaba. Generalmente, se les pedía que reconocieran las "relaciones que tenían con el diablo del infierno". A tal punto había llegado el rigor, que se incoaban procesos también a los animales. El 15 de diciembre de 1545, un cerdo fue quemado en la plaza pública de Bruselas. Igual cosa se hizo en Namur, Flavión, Gembloux y otras localidades. La acusación era la misma: el animal hirió o se comió algún niño...

Carlos V, penitente en la vejez, también se valió de la religión como de una máscara. Era muy severo con los que blasfemaban; comenzaba con las multas y terminaba con el exilio perpetuo. Los emperadores, príncipes y princesas eran indulgentes con sus propios "excesos", pero implacables con los "pecados" de sus súbditos. El marido que incurría en adulterio era ahorcado; a la mujer reincidente se la tiraba a un pozo. Un retazo de género rojo sobre la pollera indicaba que la mujer abandonó su hogar conyugal. Otro castigo público era "la piedra atada con cadenas de hierro alrededor del cuello". La bigamia se castigaba con el cepo o con el azote hasta sangrar. La mujer que practicaba la prostitución clandestina era llevada en vilo hacia el barrio reservado a las ramerías públicas, al son de flautas y gaitas.

La prostitución en los países alemanes

La mayor parte de las casas de prostitución, en las ciudades alemanas, se encontraban bajo el contralor de la municipalidad, que obtenía de las mismas las entradas más importantes. Las mujeres públicas estaban sometidas a un minucioso reglamento; podían ejercer su "profesión" en otra ciudad, fuera de la natal; para poder pagar las deudas del... marido o de los

parientes, mujeres y muchachas honestas ingresaban por determinado tiempo en un lenocinio.

Las ordenanzas variaban de una ciudad a otra. En Ulm, las pensionistas tenían que hilar diariamente dos montones de lana; de otra manera, se las multaba. El empresario, por su parte, contribuía a una especie de caja de ayuda para las pensionistas enfermas o ya desahuciadas. La mujer pública era considerada como un mueble: podía ser vendida, regalada o rifada por los amos. Llevaba un uniforme que se distinguía según las ciudades. En Leipzig vestía la manta amarilla; en Basilea, la manta tenía que ser corta; en Luneburg la manta era masculina; en Viena se le prohibía el uso de pieles, la seda y ciertos maquillajes.

A pesar de todas las restricciones, la prostitución prosperaba. En 1490 había en Estrasburgo 57 casas públicas. En Lucerna, con una población de 4,000 habitantes masculinos, había en 1529 trescientas "muchachas para el placer". Los coronamientos, bodas principescas, dietas, concilios, ferias, cualquier acto solemne constituían motivo de prostitución. El Parlamento de Frankfurt tuvo la "virtud" de atraer, en 1394, ochocientas mujeres públicas; todo el mundo salió ganando con ellas: la municipalidad, la iglesia y los príncipes.

La Reforma luterana contribuyó a obstaculizar la prostitución legal. En muchas ciudades los lenocinios fueron clausurados. Pero *quod licet Jovi...*, Lutero y Melanchton autorizaron la bigamia del landgrave de Hessen, "teniendo en vista su temperamento particular".

Los Anabaptistas. Juan de Leyda

Las masas populares dieron otra interpretación a la Reforma de Lutero. Cuando éste atacó, en 1517, la supremacía papal, perseguía la emancipación religiosa; quería la libertad espiritual dentro del marco político y social de su tiempo. Apoyado por una buena parte de la nobleza alemana, reconoció el despotismo de los príncipes mediante la doctrina del derecho divino. Así se explica por qué este hijo de campesinos se puso

de parte de la burguesía feudal en la Guerra de los Campesinos, reclamando que los dirigentes de los sublevados (Storck, Künzer, Jacobo Strauss y Goetz von Berlinchingen) fueran tratados como "perros rabiosos". Lutero era revolucionario en el dominio teológico y espiritual, pero conservador cuando la sublevación de los campesinos amenazaba "el orden establecido".

Después de la Reforma, el pueblo estaba obsesionado por sueños mesiánicos, creyendo en la venida del Señor a la tierra, y también en la comunidad de los bienes. Las sangrientas represiones de 1525 no quebrantaron el entusiasmo de los pobres. Los anabaptistas, que creían que el bautizo no debía ser impuesto a los niños, sino tan sólo a los adultos conscientes, habían llegado a ser cada vez más numerosos. Uno de sus profetas, Juan Mathisson, panadero de Harlem, expuso en un libro la vida nueva, sin la opresión de los poderosos, que perecerán a sangre y fuego. Al alejar a los representantes del Estado, se establecerá la igualdad, que es a la vez económica y sexual. La comunidad de las mujeres constituye una conclusión natural de esta "utopía". La corriente anabaptista abarcó a Alemania del Norte, desde Holanda hasta Livonia. El sucesor de Mathisson fue, en 1534, un sastre nacido en Münster y conocido con el nombre de Juan de Leyda. Hijo de una pobre sirvienta, que falleció errabunda bajo un árbol, Juan de Leyda, si bien fue sastre, pudo ser también poeta, músico, orador y teólogo. Hermoso, de buena constitución, vivaz y cortés, tenía también un gran poder de convicción.

Los adversarios de Juan de Leyda pretendían que él era partidario de la pluralidad de las mujeres, por la poligamia bíblica y el divorcio fácil, para satisfacer sus propias pasiones sexuales. Sin la desaparición de la familia, no es posible prescindir del propietario personal para establecer el comunismo económico. Compenetrados de ciertas ideas del Viejo Testamento, los anabaptistas se diferenciaban de las sectas eróticas-anarquistas de la Edad Media. Siguiendo el ejemplo de Melquisedec, el mítico rey de la justicia, sacerdote y al mismo tiempo general, también Juan de Leyda se proclamó rey. Se hizo rodear de dignatarios, los cuales eran nombrados de acuerdo con los

títulos bíblicos. Era cruel con sus adversarios; los herejes tenían que ser exterminados sin compasión. Igual que David bailando ante el Arca del Señor, el rey de Münster dirigía las danzas religiosas de sus concubinas (tenía 12, número bíblico). Entre ellas se encontraba la hermosa viuda de Mathisson, su predecesor. Al atravesar la ciudad sobre su cabalgadura, era precedido de un sable, una corona y una biblia abierta, mientras que un cortejo femenino le seguía con fe y pasión. El pueblo defendió con energía la capital anabaptista. En vano fue varias veces asediada. Se dice que careciendo de alimento en los últimos días de un sitio, se repartía al pueblo la carne de los muertos. Al decir la esposa-reina que la voluntad de Dios no consistía en dejar al pueblo morir de hambre, fue llevada por eso a la plaza y decapitada precisamente por el esposo-profeta, ante las demás concubinas. Estas, cantando "*gloria Dei*", bailaron en torno al cadáver... La ciudad anabaptista cayó finalmente el 25 de junio de 1535, a raíz de una traición. Las tropas episcopales penetraron en Münster, pero los asediados continuaron su resistencia, levantando incesantemente barricadas. La masacre fue horrible. Una parte de los sectarios anabaptistas pudo abandonar sin armas la ciudadela. Juan de Leyda fue hecho prisionero. Llevado ante el obispo, con cadenas al cuello, descalzo, contestó con valentía el luterano guerrero. En el proceso, la firmeza, el buen sentido y la simplicidad bíblica del rey de Münster contrastaban con la rudeza y la pedantería de los jueces evangélicos. Juan fue atado al poste conjuntamente con Knipperdollink y Krechting. Por espacio de una hora los verdugos arrancaron su carne con las tenazas al rojo. Pero los infelices no profirieron ni un grito. Juan murió a la edad de 26 años, con los ojos levantados hacia el cielo. Durante algunos siglos, los huesos de éstos fueron conservados en canastos colgados en la cúspide de la torre de San Lamberto, como ejemplo para el pueblo. Lutero trató a Juan de Leyda como aprendiz de diablo, como rebelde contra el obispo y como polígamo, olvidando que él mismo era un adversario de la Iglesia romana y que toleró la bigamia del landgrave de Hessen.

Los Loístas o los Libertinos de Amberes

La caída de Münster fue la señal de una encarnizada persecución contra los anabaptistas en todos los países protestantes. Muchos de ellos fueron ultimados mediante suplicios refinados; se les arrancaba vivo hasta el corazón. En vano intentaron los anabaptistas apoderarse de la ciudad de Amberes. Al perder el poder temporal, su número disminuyó y tuvieron que ocultarse. Se reclutaban entre ellos los miembros de una nueva secta herética, los loístas, conocidos con el nombre de los "Libertinos de Amberes". Este es también el título de una obra de Georges Eeckhoud, en la cual están relatadas la leyenda y la historia de los loístas.

El profeta de éstos era un hojalatero, Eloy, Lois o Loyet Pruystinck, el cual tenía alguna semejanza con Juan de Leyda. No sabía leer, pero recordaba todo lo que se le leía. Dictaba pequeños tratados de propaganda a Domingo de Ucle, quien los imprimía.

Tenía, igual que el rey de Münster, el placer de la grandeza, pero no ejerció un reinado efectivo. En Amberes, "ciudad de los hijos de Priapo", Lois era escoltado por las calles por numerosos fieles, igual que Tanchelin. Era hermoso y bien desarrollado. Los niños le seguían como pajes; las muchachas arrojaban flores a su paso; los estibadores, los boteros y jornaleros constituían su guardia pintoresca. Lois tenía la costumbre de usar un día un traje harapiento, sucio de sangre y barro; otro día vestía ropa que imitaba a los harapos, pero estaba confeccionada con los géneros más caros, adornados con piedras preciosas por su discípulo Cristóbal Herault, joyero parisiense. Hasta las cicatrices y otros signos determinados por el trabajo y la miseria, estaban imitados sobre su vestimenta y su cuerpo. De esta manera entendía Lois burlarse del lujo de los ricos egoístas. Algunos de los ricos de Amberes eran, sin embargo, sus adeptos y pusieron a su disposición sus fortunas. Esto era un principio de la doctrina loísta: la comunidad de los bienes.

Entre sus adeptos se encontraban muchos mendigos. Lois sabía unir fraternalmente a los vagabundos con los gentilhombres, a los viciosos con los clérigos. Propietarios de las grandes empresas de Amberes, epicúreos y libertinos, permitían ser colocados al lado de la escoria de la población, de las tabernas y del puerto. Las ceremonias loístas facilitaban esta reconciliación. Los nobles vestían los andrajos del vagabundo y éste las vestimentas suntuosas. Hasta los nombres históricos venerados eran sustituidos por apodos populares.

El amor libre, la poligamia y la poliandria constituían la base de la ética loísta. La religión era simple, sin ayunos ni expiaciones. Tenía como única norma: no obstaculizar la libertad del prójimo. Lois predicaba el retorno a la naturaleza, una especie de panteísmo intuitivo: "Viva con gratitud, con ardor, con lucidez; disfrute de la bondad, de la belleza, de la perfección de la creación", del arte y de las frutas, del espíritu y del sol.

El loísmo era, pues, contrario al luteranismo frío y dogmático. Glorificaba la vida intensiva, ardorosa. Era una religión de la voluptuosidad, del amor inteligente, del alma y del cuerpo. Evidentemente, los opositores al loísmo eran numerosos: mujeres celosas, esposos abandonados, padres tiranos, los "partidarios del orden". La acusación de magia era corriente. Solamente mediante la magia los ricos y poderosos de ese tiempo podían ser atraídos hacia la banda fraternal de los pordioseros y vagabundos. Los espías de la magistratura y de la iglesia relataban por cuenta de los loístas escenas salvajes, ceremonias lujuriosas, el satánico culto del sexo y la adoración de la desnudez. No era difícil añadir la violación, el sacrificio de los niños y otros sacrilegios. Testigos alucinados afirmaban que vieron cómo los loístas se prosternaban ante la estatua de Príapo, cómo llevaban a cabo todos los desenfrenos entre ellos y cómo despedazaban a niños inocentes...

De aquí hasta la hoguera sólo había un paso. Los luteranos persiguieron a los loístas sin miramientos. Debemos notar que, al ser interrogado por la Inquisición, Loyet renegó de su fe conjuntamente con nueve compañeros. Eeckhoud explica este

hecho, demostrando que “el apóstol de la alegría corporal no tuvo los groseros nervios de los mártires”, siendo lógico ante su epicureísmo, cediendo en apariencia, para salvar el único bien que conocía: la vida. Algunas divergencias entre los loístas los dispersaron por Holanda, Inglaterra y Alemania. El propio Loyet fue quemado en la hoguera el 25 de octubre de 1544. En medio de las llamas, profetizó que Gislain Gery, su inquisidor, moriría torturado después de veinte años, y que su hijo tendría la misma suerte un año después de él. En realidad, Gislain fue decapitado en 1565 y su hijo en 1566.

Las prisiones estaban repletas de herejes loístas. Los sucesores de Loyet tuvieron el mismo sino: fueron decapitados. Algunos de los nobles adeptos prefirieron refugiarse en Inglaterra. María de Hungría administró “justicia” con toda crueldad, con la ayuda de los magistrados y obispos, de todos los que tenían interés en conservar las supersticiones religiosas y el respeto a las leyes políticas, contra los que querían vivir libremente como hijos de la naturaleza. Denunciando los crímenes de los legisladores y clérigos, Eeckhoud pregunta, igual que Remy de Gourmont: “¿Quién fundará la Liga de la libertad absoluta, de la libertad sincera, natural, humana, como en los tiempos de Luis XV y del papa León?”

Solimán el Magnífico. El harén. La poligamia coránica

Después de la conquista de Constantinopla por los turcos, los sultanes construyeron el “serrallo”, una verdadera ciudad dentro de la otra, cuyos edificios exteriores comprendían la administración del Estado otomano; las construcciones interiores, los “harenes”, estaban reservados a la familia imperial: al sultán, a la sultana-madre, a las esposas del sultán, las odaliscas, los eunucos y príncipes. Las mujeres encerradas en el harén a veces sumaban millares. Solamente la madre del heredero del trono podía aparecer en público sin velo. La ley coránica autorizaba cuatro mujeres legítimas; el sultán se permitía tener siete. Los centenares de concubinas (odaliscas) eran traídas

de lejanas provincias, cristianas o paganas, dominadas por los turcos. Ellas procedían también de Georgia, Circasia y África.

El sultán, la sombra de Alá sobre la tierra, no tenía ninguna vinculación directa con sus súbditos, viviendo en un mundo oculto a las miradas de los mortales comunes. Los eunucos, hombres castrados, cuidaban para que nadie se acercase a las mujeres del harén. Cuando en verano eran llevadas al campo, ellas atravesaban el jardín imperial tras una cortina de tapicerías y subían en los barcos con camarotes herméticamente cerrados; durante el viaje la navegación era ininterrumpida. Los eunucos constituían un cuerpo de fieles que ejecutaban cualquier orden: estrangulaban, envenenaban a los príncipes incómodos, cortaban la cabeza a las favoritas en desgracia, colocaban su cuerpo en una bolsa, que cosían y luego arrojaban al Bósforo.

La vida en el harén imperial, rodeado de espléndidos parques, la soñaban los musulmanes en el eterno paraíso: para beber, comer, dormir, cantar y bailar, divirtiéndose de mil maneras. El mantenimiento de los sultanes, de las odaliscas y eunucos requería sumas inmensas, extorsionadas con impuestos y tributos a los "raiales" y "ghiaurs" (cristianos sometidos a los turcos). Acerca de Solimán el Magnífico, contemporáneo de Francisco I y Carlos V, la leyenda afirma que reclamaba una mujer virgen todas las noches. Los barcos turcos raptaban esas vírgenes en las costas del Mediterráneo.

Los orientales consideraban a la mujer (en algunas partes las consideran aún hoy) como un ser inferior, sometido al marido. Las costumbres, la religión, las circunstancias económicas consagraron la desigualdad legal en materia sexual. El Corán admite la poligamia; si las mujeres casadas podían ser repudiadas mediante el cumplimiento de algunas formalidades, las concubinas, no bien el esposo pronunciaba cuatro palabras, liaban sus petates, se cubrían el rostro con el velo y partían sin murmurar.

El buen musulmán tenía qué tratar de un modo igual a todas sus esposas; ellas recibían la misma vestimenta, los mismos regalos. Solamente los turcos muy ricos podían permitirse

el lujo de mantener un harén con odaliscas y eunucos. La crónica escandalosa de los harenes demuestra que la astucia de las mujeres era tan sutil como la sumisión a sus amos. Era suficiente que ellas gritaran a su esposo: "No entre, estoy con una amiga", para que él se retirara. La ley le impedía contemplar a una mujer sin velo.

Los harenes de Egipto estaban poblados de esclavas. Una "sedasy" de 8-15 años se compraba al precio de 2,300 piastras españolas; si su cuerpo era armonioso y su figura tenía expresión caucásica. Las pequeñas negritas, "takrens", costaban 100 piastras, y las más hermosas se pagaban a 150. Las jóvenes desfloradas costaban menos de la mitad; eran "liquidadas" después a los extranjeros y viajeros. Las mujeres de 20-30 años apenas podían encontrar compradores a 10-20 piastras. En esos países cálidos, las niñas de 8-9 años son núbiles.

Las bailarinas egipcias eran, generalmente, también sacerdotisas del amor, descendían en línea recta de las antiguas sacerdotisas de Athor, la diosa del amor. Para los egipcios modernos, las "almeas" árabes son cortesanas que no se presentan públicamente, sino tan sólo en las ceremonias religiosas. Las "avanaks" constituyen un grupo más accesible: son niñas y muchachas árabes y negras, cuyas danzas se realizan a veces en público. La danza de la abeja representa el desprendimiento de los velos. La danza nupcial es la más lasciva y vence cualquier resistencia masculina.

Igual que los sultanes turcos, los déspotas musulmanes de Oriente mantenían fastuosos harenes. El shah de Persia tenía tres o cuatrocientas mujeres; las familias distinguidas se sentían honradas si el Rey de los Reyes prefería a la más hermosa de sus hijas. Bensar, el sultán de Marruecos, poseía ocho mil mujeres; el harén del sultán de Java contaba hasta diez mil. Esta abundancia de mujeres puede ser justificada por diversos versículos del Corán, entre los cuales citamos el siguiente: "¡Oh, profeta!, te es permitido juntarte con las mujeres a las cuales diste dotes, con las cautivas que cayeron en tus manos por la voluntad de Dios, con las hijas de tus tíos y tías, que se fugaron contigo, y cualquier mujer creyente que te ofreció su corazón."

Pero el Corán no constituye un "manual de inmoralidades". Castiga con un centenar de azotes a los desvergonzados de ambos sexos. Un desenfrenado no puede casarse más que con una mujer de su misma índole o con una idólatra. Los viciosos eran separados de los virtuosos. Las mujeres de los profetas debían ser verdaderas santas.

Hoy, en la república fundada por Kemal Ataturk, la poli-gamia es prohibida. La segunda mujer es legalmente tolerada si la primera es estéril. No se lleva el velo ni tampoco el fez que distinguía a los musulmanes de los "no creyentes". El nuevo tipo de mujer emancipada prospera en una parte de Oriente (Asia Menor y Oriental), pese a que en algunos países la resistencia de la vieja familia va hasta el asesinato de la mujer que se manifiesta en la vida pública. Los turcos ricos tienen, empero, la posibilidad de practicar la poligamia clandestina.

*Bajo el dominio turco. Los países rumanos*¹

En los países en los cuales la dominación turca duró siglos: Grecia, Servia, Bulgaria, Moldavia y Valaquia, las costumbres fueron, naturalmente, influenciadas por la mentalidad musulmana. Dimitrie Cantemir, al referirse a los viajeros llegados del Occidente, en el siglo XVIII, dice en *La descripción de Moldavia*: "Sus costumbres no coincidían en absoluto con las nuestras, que estaban impregnadas de influencias orientales, por causa de depender nuestro país de Turquía" (cf. V. Pano-pol: *Rumania vista por extranjeros*, hasta 1866).

El italiano Carra, que había viajado por los países rumanos en 1776-77, relata que las mujeres de allí eran esclavas de los padres, de los esposos o de los amantes. Solían salir muy raras veces de su domicilio y nunca solas. La holgazanería y la ignorancia determinaron su fidelidad y sumisión. "El marido habla y la mujer, temblando, se le aproxima para besarle la mano y pedirle perdón." Según Raicevich (1780), "las madres tienen una enorme preocupación por la honestidad de sus hijas,

¹ Texto agregado por E. R.

y se considerarían deshonradas si los yernos, al no encontrarlas vírgenes, las echaran, devolviéndolas al hogar paterno; y no faltan tampoco madres que, después de la primera noche nupcial, exhiban las señales de la virginidad de sus hijas”.

Hasta las niñas de 13-14 años eran obligadas a casarse. La novia estaba tocada con plumas negras; cuatro mujeres la llevaban prendida de los brazos a la iglesia; la marcha era lenta como si se tratara de un reo llevado a trabajo forzado. La cena duraba toda la noche: borracheras y danzas. En la mayor parte de los casos, los desposados solían verse entonces por primera vez. Aun cuando las mujeres eran vigiladas, aisladas y aterrorizadas, sabían valerse del arma de sus encantos; y cuando se las engañaba, su celo iba hasta el envenenamiento y la castración del marido.

No obstante, la prostitución reinaba también en estos países. Era severamente castigada. Pablo de Aleppo (1643) relata que a las mujeres de “ligeras costumbres” de Moldavia se les cortaba la nariz, se las colocaba en la picota y, frecuentemente, eran ahogadas (igual que en Dinamarca, 1574, y en Francia, donde Stozzi ahogó a 800 “prostitutas” en el Loira). En Bucarest, bajo Voda Caragea, el número de las rameras de diversas categorías era tan grande, que el *aga* (jefe de policía) “sugiere al príncipe la idea de fijar una tasa a cada una de ellas”, lo que permitió “obtener importantes entradas”. Estas mujeres “tenían el papel de atraer clientes a las tabernas, propagando al mismo tiempo con el vicio la más horrible enfermedad del mundo”.

En lo que respecta al adulterio, de acuerdo con el código principesco, a la mujer culpable se le debía aplicar “el terrible castigo consistente en echarle plomo derretido allí donde pecó” (P. Manoliu: *Ralú Caragea*). Generalmente, la culpable era enviada a un monasterio o se la casaba antes del nacimiento de su hijo. Ocurría a veces que el amante desvergonzado tenía que pagar con su sangre el pecado cometido. El *pachá*, representante de la dominación turca, era más implacable aún: “Él mismo fusilaba al amante, mientras que la mujer era cosida en una bolsa y arrojada al río con una piedra atada al cuello.” Algunos millares de mujeres “desenfrenadas” fueron ahogadas de este modo

bajo el principado de Vasile Lupu. Este sistema perduró hasta el principio del siglo XIX. Muchas mujeres fueron ultimadas después de haberse integrado a los turcos. "Una salvaje precaución indujo a los musulmanes a cometer crímenes monstruosos, ante el temor que sus hijos, dejados al cuidado de las madres, fueran criados en la religión cristiana (Carra, 1776)."

Acerca de los Don Juan de aquellos tiempos, que conquistaban especialmente a las mujeres casadas, el castigo dependía mucho del oficio al cual pertenecía el marido ultrajado: "Los carniceros tenían la costumbre de inflar al galán con un caño, igual que a los carneros, para llevarlos después a su domicilio con el carro. Los sastres se servían de sus tijeras grandes. Un almacenero que encontró bajo las escaleras a un señorito con su mujer, después de desnudarlo lo embadurnó de alquitrán desde la cabeza hasta los pies, luego le colocó un par de cuernos, lo maniató crucificado sobre un madero, lo amordazó, azotándole después por las calles, hasta el punto que todo el mundo le huía como si fuera el diablo en persona, negándose a recibirlo en su casa sus propios sirvientes. . . . A otro señorito, el marido lo untó con miel todo el cuerpo, dejándole un día entero para que fuera presa de las moscas y avispas" (P. Manoliu, ob. cit.).

Don Juan

Es posible que Don Juan fuera un personaje histórico. Ante todo fue un tipo representativo, del cual se ocuparon tantos escritores: Molière, Byron, Mérimée, B. Shaw, Ortega y Gasset, etc. Sintetizando los estudios de Ingenieros y Araquistain, podríamos presentarlo como el hombre que, despreciando los honores, el dinero, la gloria, no tiene más que un ideal: amar y ser amado por las mujeres. Todo lo sacrificaba para amar a la mujer en todas las mujeres, haciendo tabla rasa de las convenciones sociales y de los vínculos familiares. Por sobre las instituciones, dogmas y costumbres, antepone el derecho de amar. Es el ángel rebelde, el predicador de las leyes naturales. En vano lo persigue la Iglesia; ella no lo puede encadenar, ya que Dios tampoco pudo

vencer a Satanás. El instinto vence lo que es artificial; lo físico se halla por encima de la metafísica.

Don Juan fue calificado de anarquista del amor. Cualquier propiedad amorosa es para él un hurto. Salta sobre los muros de la moral, sin remordimiento, pero con gracia. El adulterio es para él un acto de liberación individual. Don Juan es a la vez un ilegalista y un ateo, por haber osado pasar el umbral del hogar, pero también el umbral del convento. Como revolucionario sentimental, se ha servido inescrupulosamente de cualquier arma para seducir: de la mentira como de la astucia. Él es sincero en su hipocresía. ¿Habría existido Don Juan si no hubiera mujeres dispuestas a ser seducidas? Triunfa porque en el ser femenino perdura el deseo de la liberación sexual. Sus palabras son llamados de la Naturaleza; por eso él es escuchado; las mujeres presienten que su resistencia es inútil, y se defienden sin convicción, a pesar de que todas murmuran contra él.

El encanto de Don Juan se halla en su optimismo. Ignora los excesos trágicos de la fidelidad y de la virtud, actuando en el doble ritmo de la expansión y de la libertad, que le evitan las sospechas y los celos. Precisamente por eso él es un modelo de inestabilidad, librándose de la fatiga que acompaña al hábito y el disgusto que nace de la obligación. Hasta prefiere la seducción a la propia posesión, rechazando las ocasiones fáciles y despreciando el diletantismo vicioso. Lo que él pide a la mujer es la voluptuosidad sincera e intensa; pasa de una mujer a otra con la convicción que dio tanta felicidad como cuanta recibió. Ignora los sufrimientos de la mujer abandonada, pues él no es un camarada ni un amigo de las que sedujo. Es un revoltoso que pasa cual tormenta a través de la vida de las que dejó encantadas con su voz y su estampa varonil.

¿Representa, acaso, Don Juan el tipo normal del hombre? Él es inexplicable en Atenas y Roma, o en París y Berlín de hoy, donde bajo la máscara de la monogamia las relaciones sexuales son poligámicas. Corresponde a la época del Renacimiento, en un país como España, donde el instinto de reproducción era menospreciado, mientras la castidad estaba divinizada en condenación del pecado original.

La comparación entre Don Juan y Fausto no está lograda. Fausto quiso la libertad del pensamiento y de la vida, por sobre los límites espirituales y sociales del mundo. Don Juan, muy poco cerebral, ignoró los conflictos intelectuales. Es el pagano que aspira al amor absoluto, interminable en sus distintas manifestaciones, luchando contra una sociedad que frena el amor mediante la monogamia y el catolicismo. Comparado con Werther, el meditativo incapaz de actuar en el momento oportuno, Don Juan es el instintivo irrefrenable, sin quimeras, y que triunfa siempre, porque en todos sus deseos hay un principio de acción. Los que pretenden adorar a Werther y odiar a Don Juan, mienten; cualquier mujer normal prefiere ser "engañada" por un vencedor como Don Juan, en lugar de ser fastidiada por un vencido como Werther.

La leyenda dice que Don Juan recurría también al servicio de las "algebristas" que pululaban en la Sevilla católica. Se llamaban así estas proveedoras, porque tenía qué resolver los más difíciles problemas relacionados con la aproximación de los sexos. Cuando se las aprehendía, se les untaba el cuerpo con miel; luego eran cubiertas de plumas para ser paseadas, sobre un asno, por la ciudad y arreadas por sus ingratos conciudadanos.

Sin embargo, Don Juan terminó su vida en forma honorable: se casó, llegó a ser jefe de familia, se redimió. Murió "como un santo", y en torno de su sepulcro se producían milagros. De hecho, existen dos Don Juan. Un Don Juan Tenorio, que es la creación del poeta español Tirso de Molina del siglo XVI; el Don Juan histórico, cuya vida es narrada por Próspero Mérimée, se llamó Don Miguel Mañara, el que, no obstante haber nacido en Sevilla, tenía padres corsos. La leyenda corsa atribuye a Don Juan relaciones incestuosas con una hermana suya, tras de haber tenido una rica serie de aventuras amorosas. No se conformó con seducirla por su belleza, que provocó tantas víctimas, sino que quiso que su hermana lo amase también con el alma. Sus gritos de horror llamaron la atención de los habitantes de la aldea, pero Don Miguel Mañara supo abrirse camino con su sable. Sus pasiones eran sangrientas; su lecho de amor estaba circundado de cadáveres. Este feroz voluptuoso escribió en su

testamento: "Yo, Don Miguel Mañara, ceniza y polvo, miserable pecador, he servido a Babilonia y también al Diablo con toda clase de horrores, con orgullo, blasfemias, escándalo y rapiña. Mis pecados, mis infamias son innumerables; solamente la comprensión de Dios puede soportarlas y solamente su infinita compasión puede perdonármelos."

"El más malo de los hombres" tiene, empero, desde 1902, una estatua en la capital andaluza. Los creyentes sevillanos esperan la canonización de este Don Juan, cuyo retrato se halla en el hospicio "Caridad" y es exhibido —no como el de un desvergonzado profanador— pero sí como el de un santo penitente, con un sepulcro milagroso.

La sífilis, "mal de los apasionados"

En plena época del Renacimiento se produjo un flagelo que convirtió en ayes de desesperación los cantos de triunfo del humanismo. Es un absurdo afirmar que los marineros de Colón trajeron la sífilis al volver de América. En los esqueletos prehistóricos se encontraron vestigios de ulceraciones sifilíticas. Esta enfermedad tenía en el Oriente carácter endémico. Recién a fines del siglo xv las atentas investigaciones médicas demostraron que la sífilis es otra cosa que la lepra.

Las enfermedades venéreas hacían estragos también en Francia, en el siglo vi. La epidemia apareció nuevamente en el siglo x bajo formas horribles; la piel era carcomida por el chancre; la carne se desprendía de los huesos. El flagelo se extendió muy rápidamente en Francia (donde era denominado "el mal de los apasionados"), en Alemania e Italia. El rey Hugo Capeto se contagió de los enfermos que atendió, y los cuales morían casi todos. La Catedral de Nuestra Señora de París habíase transformado en hospital.

En aquel entonces se prestaba menos atención a las enfermedades venéreas, porque la lepra preocupaba a los "higienistas". Era uno de los grandes terrores de la Edad Media. A los leprosos se les repelía de la sociedad; no podían aproximarse a nadie; estaban obligados a anunciar su presencia con los sonidos de una

campanita. No podían casarse, y se les daba sepultura en cementerios especiales. Estas medidas severas e inhumanas tuvieron, sin embargo, la virtud de evitar el contagio a la población sana. A mediados del siglo XIII existían en Europa 19,000 leprosarios; después de dos siglos, estos establecimientos fueron abandonados en Francia por falta de leprosos.

Cuando Colón regresó de su primer viaje transoceánico (1492-93), la sífilis hacía estragos en Inglaterra, España, Francia y Alemania. Parece haber sido la consecuencia de la epidemia llamada la "gran viruela" de 1483. Cada una de las naciones culpaba de ello a su vecina. Los alemanes, los ingleses y los italianos acusaban a Francia como foco de la "viruela", a la que llamaban "mal francés". Los franceses, por su parte, lo llamaban "mal alemán" o "mal napolitano". Los holandeses, los africanos y otros, a su vez, decían que era "mal español". Los turcos lo calificaban de "mal cristiano". En Asia se le había dado el nombre de "mal portugués". Para los polacos era un "mal alemán", y los rusos decían que era un "mal polaco". Todo esto significa que el chauvinismo no dejó de aprovechar en su beneficio también las enfermedades. Incluso espíritus ilustrados, como Voltaire en algunos de sus versos, admitían la hipótesis francesa acerca del origen italiano del flagelo.

Un reformador de la medicina del siglo XVI, Bombastus (el alquimista Paracelsus) emitió su parecer diciendo que la sífilis se produjo de las relaciones entre un leproso con una prostituta que sufría de bubones venéreos. Los charlatanes recetaban los remedios más fantásticos, los que probaban aun los enfermos más ilustres. En Francia se utilizaban extractos y decocciones de víboras; el mercurio era absorbido en grandes dosis, determinando más estragos que la misma enfermedad. Se decía que la madera de guayaco, traída de América, hacía milagros. El médico de Carlos V afirmaba que vio a tres mil sifilíticos curados con guayaco. Y el célebre Erasmo atribuía a esta madera su curación tras un largo sufrimiento. Francisco I, que no era pretencioso en la elección de las mujeres, falleció a consecuencia de la misma enfermedad, después de años de sufrimientos compartidos,

sin duda, con sus mancebas. La Corte francesa estaba "llena de viruela", según expresaba Brantôme.

Los creyentes veían en la epidemia venérea la señal de la ira divina. Los lupanares constituían focos de infección. Bajo el reinado de Carlos IX se ejecutó finalmente la ordenanza de Luis el Santo, prohibiéndose la prostitución legal. En París esa ordenanza parecía inaplicable. Algunos lupanares no podían ser clausurados por el hecho de comprobarse que su funcionamiento había sido autorizado por el mismo Luis el Santo. Los inquilinos de una casa podían obligar al propietario a rescindir el contrato de una ramera. Si ésta era propietaria de una casa, podía ser obligada por los locatarios a mudarse a otra parte. Las casas de prostitución que todavía se toleraban en París, a pesar de la ordenanza de Luis el Santo, se denominaban "casas de tolerancia", expresión que se conservó hasta nuestros días. El edicto de Carlos IX emancipó económicamente a las rameras profesionales; esas "mujeres comunes" ejercían su "industria" clandestinamente, por lo que podían dictar ellas mismas sus condiciones. Después que Carlos IX y su canciller alejaron los lenocinios más allá de los suburbios de la capital (creyendo que las costumbres podrían ser reformadas mediante ordenanzas), intentaron expulsar también a las rameras de la Corte y del ejército, conminándolas a partir en término de 24 horas, bajo "amenaza de ser objeto de azotes y marcadas con hierro calentado al rojo".

Creyéndose que la sífilis era la consecuencia de las no permitidas relaciones sexuales, no se prestó mayor atención a la curación de los sífilíticos. De este modo, ellos soportaron un castigo como culpables de esas relaciones. En los hospitales no se les separaba de los demás pacientes. Tal era la promiscuidad, que en una cama había seis o siete enfermos. Recién en 1536 se crearon salas u hospitales para las enfermedades venéreas.

En lo que concierne a la higiene sexual, los antiguos tenían algunos tratados sobre enfermedades femeninas. Uno de ellos es atribuido a Hipócrates. En el siglo III o V el médico Moschión, y en el VII Pablo de Egina, escribieron libros notables acerca de la terapéutica de las enfermedades venéreas en las mujeres.

De acuerdo con algunos pasajes de Ovidio, Marcial y otros, parece que las romanas practicaban el lavaje. Un manuscrito del siglo XIII, atribuido a la partera Trotula, comprende preceptos de higiene sexual en las mujeres dignos de figurar en los tratados modernos. Con respecto al *bidet*, el cual el arquitecto Viollet le Duc cree que data del siglo XIV, apareció cuatro centurias más tarde.

La sífilis ha hecho terribles estragos durante el Renacimiento, envenenando a este neopaganismo, cuya aparición fue saludada con tanta gratitud y regocijo por el pueblo y también por sus amos y sus sabios.